

CIENCIA, RACISMO Y SOCIEDAD

Miguel Angel Puig-Samper
Consuelo Naranjo Orovio

Aunque el problema del prejuicio racista no sea algo exclusivo de las sociedades occidentales, cuyo desarrollo ha venido marcado por el supuesto avance ilimitado de la ciencia, nos interesa estudiar aquí cuál ha sido la evolución del concepto de raza que la ciencia ha tenido, desde las primeras clasificaciones «científicas» del hombre hasta la actualidad, y su posible impacto social, ya que compartimos la opinión de Provine cuando dice que «la historia de las concepciones científicas acerca de la raza constituye un espejo de los movimientos sociales» (1). Además, y en contra del mito de la ciencia como empresa objetiva, podremos comprobar la opinión de Gould, en el sentido de observar cómo muchos de los cambios que se producen en las concepciones científicas no se corresponden con un acercamiento a la verdad absoluta, sino a la modificación de los contextos culturales que actúan sobre ellas (2).

Las primeras clasificaciones y el prejuicio racial

Desde la antigüedad clásica el «otro» —el «bárbaro»— fue siempre considerado en cierta medida como perteneciente a una humanidad inferior, tanto por su aspecto físico como por sus costumbres. Cuando aparece la clasificación de Linneo, en el *Sistema naturae*, en la que el hombre se encuentra situado en la cúspide de

la escala zoológica, el científico no es capaz de apartarse de este prejuicio histórico y de sustraerse de la opinión de su propia sociedad. Si no consideramos sus referencias a los hombres salvajes y a los monstruosos, su cuadro de variedades humanas es el siguiente:

"Americano: rojo, bilioso, erguido.— Cabellos negros, lisos, gruesos; nariz dilatada; cara pecosa, casi imberbe.— Testarudos, alegres, libres.— Se pintan con líneas curvas y rojas.— Se rigen por la costumbre.

Europeo: blanco, sanguíneo, ardiente.— Cabellos rubios, abundantes; ojos azules.— Ligerito, ingenioso, inventor.— Se cubre con vestidos estrechos.— Se rige por ritos.

Asiático: cetrino, melancólico, grave.— Cabellos negruzcos; ojos oscuros.— Severo, fastuoso, avaro.— Se cubre con trajes amplios.— Se rige por la opinión.

Africano: negro, indolente, disoluto.— Cabellos negros ensortijados; piel aceitosa; nariz hundida; labios gruesos.— Mujeres con el repliegue del pudor, y las mamas pendientes.— Vagabundo, perezoso, negligente.— Se untan con grasa.— Se rigen arbitrariamente" (3).

Con esta primera clasificación «científica» del hombre, en la que se incluían caracteres biológicos con otros de naturaleza psicológica —supuestamente fijos—, quedaba establecido el prejuicio determinista y se allanaba el camino para la jerarquización racial desde lo «blanco» a lo «negro».

Quizá tuviera razón el sabio griego Jenófanes de Colofón cuando decía:

"Negros y chatos, así imagina los dioses el etíope, pero con ojos azules y rubios se imagina el tracio a los suyos" (4).

La obra de Buffon, iniciada en 1749, a pesar de considerar también a la humanidad como formada por una única especie, no se aparta del modelo etnocentrista al considerar el modelo del cual surgen las variaciones humanas:

"El clima más templado es el que existe desde el grado 40 hasta el 50 (...) es también dentro de esta zona donde se encuentran los hombres más bellos y mejor hechos; es en este clima donde debemos tomar el modelo o la unidad con la cual contrastar todos los demás matices de color y de belleza" (5).

Buffon hace esta afirmación y sitúa al hombre blanco en la cúspide de la humanidad, a pesar de hacer gala de bastante perspicacia

y de cierto relativismo antropológico cuando considera las apreciaciones de algunos africanos sobre los demás habitantes del continente:

"Dan tanta importancia a su color, que, en efecto, es de un negro de ébano profundo y brillante, que menosprecian a los demás negros que no son tan negros; como los blancos menosprecian a los morenos (...). Creen que su país es el mejor y el más bello clima de la Tierra, que ellos son los hombres más bellos del universo, porque son los más negros" (6).

El científico francés insistió en la existencia de una sola especie en el género *Homo*, que tras esparcirse por toda la superficie terrestre sufrió cambios debidos al clima, a la diferencia de alimentación y a la diversidad de costumbres. Para él, estos cambios o transformaciones fueron primeramente individuales y luego llegaron a convertirse en características de las diferentes variedades humanas o razas. Por otro lado, la influencia de los mismos factores —clima, alimentación y costumbres— podía hacer que hubiese multitud de variedades que hubiesen fijado caracteres indeseables para la especie, por un proceso de «degeneración», con lo cual quedaría explicada la presencia de las cuatro razas principales, europea, negra, china y americana, y sus respectivas variaciones (7).

En contra de la unidad específica de la especie humana, implícita en la obra de los naturalistas mencionados, se pronunció Henry Home —conocido como Lord Kames— en su estudio *Sketches on the history of Man* (Londres, 1774), en el que afirmó que las diferentes razas procedían de creaciones divinas independientes, lo que dio lugar a la apertura de una fuerte polémica entre monogenistas y poligenistas.

Una obra que nació marcada por las teorías de Linneo y Buffon, y que es considerada por muchos autores como el fundamento de la antropología moderna, fue *De generis humani varietate nativa* (1775), del alemán J. F. Blumenbach. Con ella, el autor inauguró los estudios craneológicos aplicados a la comparación racial —tan abundantes a lo largo del siglo XIX— y continuó la polémica entre los monogenistas y los poligenistas. Blumenbach —contrario a las ideas de Home— adoptó el criterio de la existencia de un origen común para toda la especie humana, a la que dividió —con criterios linneanos— en cinco grandes razas: la blanca o caucásica, la amarilla o mogólica, la cobriza o americana, la parda o malaya y la negra o etiópica. Parece, en cualquier caso, que el autor alemán

era consciente de la artificiosidad de la división racial, aunque la utilizara en sus trabajos, puesto que —con criterios semejantes a los de algunos evolucionistas— nos dice:

“Las variaciones de color de la piel, talla, proporciones del cuerpo, etcétera, que hemos podido observar, por considerables que parezcan a primera vista, no tienen valor absoluto; todas se diluyen unas en otras gradualmente y por tanto la clasificación en razas humanas es arbitraria” (8).

Otro monogenista enfrentado a las tesis poligenistas de Home fue E. H. G. Zimmerman, quien publicó en 1777 su *Geographiae Zoologicae*, en la que se mostró partidario de una única creación, aunque manifestando su opinión de que el hombre primitivo era de raza blanca, en tanto que el resto de las variedades raciales eran un producto de la difusión y posterior adaptación a los diferentes medios naturales.

Dentro de esta polémica, no exenta de motivaciones políticas, se encuentran algunas opiniones realmente curiosas. Entre éstas, cabe destacar la del cirujano inglés Charles White, expresada en su obra *Account or the Regular Gradation in Man* (1799), en la que, después de criticar el monogenismo de Buffon, afirmaba: (Dónde si no entre los caucásicos podemos encontrar)

“... esa frente de curva tan noble, capaz de contener tanta cantidad de cerebro...? ¿Dónde [si no en ellos podemos encontrar] una fisonomía tan rica y una expresión tan plena, esos rizos largos, graciosos y abundantes, esa barba majestuosa, esas mejillas rosadas y esos labios de coral? ¿Dónde... esa manera tan noble de andar? ¿En qué otra parte del globo encontraremos el rubor que cubre las suaves facciones de las hermosas mujeres europeas, ese emblema de modestia, de sensibilidad... dónde si no en el pecho de la mujer europea [encontraremos] dos hemisferios tan llenos y tan níveos, coronados de bermellón?” (9).

La medida del desprecio racial

Justo en el comienzo del siglo XIX la polémica se reavivó con la publicación de la obra de J. J. Virey *Histoire naturelle du genre humaine* (París, 1801), en la que el naturalista francés sostiene —apoyado en las diferencias del ángulo facial— que la humanidad está dividida en dos especies, la blanca y la negra, opinión que po-

co más tarde compartiría su colega alemán Rudolphi en su *Beiträge zur Anthropologie und allgemeine Naturgeschichte* (Berlín, 1812). La reacción en contra de estas ideas vino de la mano del importante y filantrópico antropólogo británico James Cowles Prichard, quien publicó en Londres, en 1808, *De Generis humani varietate*, y poco más tarde, en 1813, *Researches into the Physical History of Man*. Prichard se mostró firme partidario de la conciliación de los postulados científicos con las verdades reveladas por el relato bíblico, por lo que, basándose en el criterio de fecundidad intraespecífica, llegó a la conclusión de que la humanidad estaba formada por una sola especie con variedades más o menos estables; estabilidad racial que resaltó el también monogenista William Lawrence, de tal forma que dio suficientes argumentos a algunos racistas del primer tercio del siglo XIX.

La crítica en contra de los argumentos de Prichard apareció en la obra de August Desmoulins *Histoire naturelle des races humaines* (1826) y en la de Jean Bory de Saint-Vincent *L'Homme. Essai zoologique sur le genre humain* (1827). Para ambos, la esterilidad interespecífica no podía entenderse como carácter absoluto, y además existía el ejemplo de hibridación entre diferentes especies, lo que demostraba que la posibilidad de que los negros y los blancos pudieran reproducirse entre sí, no indicaba que fueran de la misma especie.

En el mismo bloque ideológico, aunque mejor considerado por dar a sus afirmaciones un tono menos teórico y basarse en una metodología de apariencia más científica, aparece Samuel George Morton. Este impresionó a los partidarios del poligenismo racista —y a sus adversarios— con la acumulación de datos, procedentes de su fabulosa colección craneométrica, cuya elaboración publicó en *Crania americana*, en 1839, y en *Crania Aegyptiaca*, en 1844, con el claro objetivo de demostrar la jerarquización racial. Aún más rotundo se mostró en sus *Brief Remarks on the Diversities of the Human Species* (1842) y en sus conclusiones de 1849 (10), obras en las que —como ha indicado José Luis Peset— apuntó una serie de ideas que más tarde se repetirían en los antropólogos anglosajones: «el hombre es distinto del mono, el hombre enfermo no retrocede a la animalidad, y el hombre, sobre todo el blanco, es el rey de la creación» (11). Que el hombre blanco ocupaba el lugar privilegiado del universo fue para Morton una conclusión lógica de sus trabajos, en los que aparentemente quedaba demostrada la inferior-

ridad de los negros desde la antigüedad y la de los indios americanos; deducciones que encandilaron a los racistas del Sur de EEUU, quienes a la muerte del ilustre científico llegaron a decir:

“Las gentes del Sur deberíamos considerarlo como un benefactor por haber aportado la ayuda más sustancial para asignar al negro su verdadera posición de raza inferior” (12).

A pesar de que formalmente los resultados de Morton aparecieron con todas las garantías científicas, S. J. Gould ha demostrado recientemente que los datos presentados en tablas por Morton son «un abigarrado conjunto de falsificaciones y acomodaciones destinadas evidentemente a verificar determinadas creencias *a priori*», aunque no haya habido intencionalidad y sí condicionamiento de un prejuicio (13).

La línea dura de los racistas norteamericanos de la época estuvo encabezada por J. C. Nott, autor de la obra *Two Lectures on the Natural History of the Caucasian and Negro Races* (1844), en la que demuestra ser un seguidor radical de Morton al afirmar la superioridad absoluta de los blancos sobre los negros, basándose tanto en las referencias bíblicas —que según él indican varias creaciones separadas— como en las deducciones de la moderna craneometría. Como ha indicado José Luis Peset, los dos argumentos —la biblia y la ciencia— fueron utilizados por Nott a lo largo de su carrera, tanto en solitario como en compañía de G. R. Gliddon, con quien publicó *Types of Mankind* (1854) e *Indigenous Races of the Earth* (1857) (14). Hay que indicar, por último, que la posición de Nott respecto a los indios americanos no fue menos belicosa que la mantenida frente a los negros, ya que los consideraba inferiores y carentes de toda muestra de civilización (15).

En la misma línea ideológica del racismo norteamericano —en la que se llegaron a mezclar poligenistas y monogenistas— cabría considerar las obras de Van Amringe (1848), Cartwright (1858), Van Evrie (1868) y las opiniones del prestigioso Louis Agassiz en el *Christian Examiner* en 1850. La característica común a todas ellas fue la defensa de la superioridad del blanco frente al indio y al negro, lo que justificaba la esclavitud negra, el exterminio de los indígenas americanos y la expansión del blanco hacia el Oeste.

A pesar de la avalancha de publicaciones racistas, Prichard mantuvo sus posiciones con la publicación de *The Natural History of Man* (1843) y la creación de la *Ethnological Society of London*,

institución que mantuvo bajo su mandato posiciones contrarias a la desigualdad racial y sus consecuencias inmediatas: la trata de negros y la esclavitud. La situación en Gran Bretaña cambió con la publicación del libro de Robert Knox, en 1850, *Races of Man*, y la creación —en 1863— de la *Anthropological Society of London*, liderada por James Hunt, de clara orientación racista y muy ligada en sus intereses a la Guerra de Secesión americana. Con la evolución posterior de la antropología inglesa, impactada también por las nuevas teorías de Darwin, se creó en 1871 el *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, lo cual permitiría que las dos corrientes se fundieran en una más moderada, aunque defensora de los intereses coloniales británicos (16).

La posición de la antropología francesa ante la situación polémica que se había creado, especialmente a partir de la Guerra de Secesión americana, fue siempre más cautelosa que la anglosajona, como ya han indicado Peset y Arquiola, por su propia consideración de líder de la nueva ciencia y su menor interés «práctico». A pesar de esto, la polémica entre poligenistas —encabezados por Paul Broca— y monogenistas —cuyo máximo representante fue Quatrefages— hizo acto de presencia en la *Société*, la cual de forma generalizada admitió la existencia de razas superiores e inferiores (17). De la misma manera, otras sociedades antropológicas como la española o la cubana, muy mediatizadas por la francesa, adoptaron los conceptos básicos de la nueva disciplina sin mucha discusión; aunque en el caso de la última, los debates en torno al tema racial adquirieron gran relevancia (18).

El racismo nacionalista

Desde el punto de vista de la historia de las ideas científicas, siempre limitado, la aparición del racismo nacionalista fue consecuencia de las ideas deterministas que acompañaron a la ciencia en el siglo anterior, en todo lo que se refería a la constitución, clasificación y jerarquización de la especie humana. Podemos afirmar que si bien los totalitarismos nacionalistas no tuvieron sus orígenes en las teorías biológicas deterministas, se supieron apoyar en ellas para justificar parte de su ideología, generadora del mito de «la raza y de la sangre».

Como es conocido, fue el conde Henri de Boulainvilliers (1658-

1722) el primero en exponer una teoría en favor de la superioridad de la sangre germana en su *Etat de la France*, aunque la popularidad de esta idea llegó con la aparición del famoso *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855) de Gobineau. Esta obra, junto a las deformaciones de las ideas filológicas de F. Max Müller, dio lugar a la aparición del «arianismo», «nordismo», «teutonismo» y los mitos próximos del «celtismo», «anglosajonismo», etc. (17).

La obra de Gobineau no es todavía un producto nacionalista, sino un intento de desarrollar un racismo clasista que buscaba sus orígenes en los pueblos germánicos o «arios», a los que separaba de los alpinos y los mediterráneos, descendientes de pueblos mongólicos y africanos. El mito empezó a crearse con una indefinición científica ejemplar: el ario tenía la cabeza redonda o alargada, sus ojos eran normalmente claros, aunque también podían ser oscuros e incluso negros, etc., aunque, eso sí, eran los únicos creadores del «estado de civilización» (20).

Como indican Rebérioux y Comas, los discípulos alemanes de Gobineau fueron extendiendo las características «arias» a extremos biológicos y psicológicos, que luego serían utilizados por la propaganda nazi. Ya no sólo eran altos, rubios, de cabeza alargada y ojos azules, sino que además poseían «vigor viril, nobleza innata, agresividad natural, objetividad imperturbable, horror a la retórica vana, odio a la masa amorfa, inteligencia precisa, amor a la independencia, dureza hacia sí mismo y hacia los otros, sentido agudo de la responsabilidad, poder de previsión, perseverancia obstinada, capacidad para dirigir y embarcarse en empresas de gran envergadura...» (21).

El deslizamiento hacia el racismo nacionalista fue irreversible hacia finales del siglo XIX. Se creó en Friburgo la *Gobineau Vereinigung* y se popularizaron las doctrinas de los antroposociólogos G. Vacher de Lapouge (1896) y Otto Ammon (1898) sobre la superioridad del «tipo rubio dolicocefalo», representante del «ario» o «nórdico». Algunas de sus conclusiones fantasiosas, basadas en unas estadísticas aparentemente frías y objetivas, han sido resumidas por Juan Comas:

“a) En los países de razas mestizas, la riqueza varía en razón inversa al índice cefálico; o sea, que los individuos de índice más bajo (dolicocefalos) son los más ricos.

b) En las ciudades habitan los grupos más dolicocefalos, mientras que en las zonas rurales dominan los braquicefalos.

c) La vida urbana ejerce una influencia selectiva desfavorable a los elementos braquicefalos.

d) Las clases sociales superiores son más dolicocefalas que las inferiores: la competencia para obtener las más altas situaciones sociales tiende a eliminar las cabezas redondas, las cuales son más frecuentes entre los obreros.

e) Desde los tiempos prehistóricos el índice cefálico aumenta constantemente en Europa” (22).

Poco después de la aparición de estas teorías, que recogían la antorcha del determinismo biológico más antiguo mezclado con el nuevo darwinismo social, se dio a conocer el «teutonismo» del yerno de R. Wagner, Houston Stewart Chamberlain, en *Les Fondements du XIX^e siècle* (1899), obra en la que se restringía la existencia de los «tipos rubios dolicocefalos» al territorio alemán —paso definitivo hacia el racismo nacionalista—, aunque se admitía que entre los otros pueblos «degenerados» (latinos, eslavos, etcétera) destacaron hombres que sin lugar a dudas debían proceder de la mezcla con sangre teutona. Entre los ilustres representantes «teutones» que destaca aparecen Napoleón, Leonardo da Vinci, Galileo, Julio César, Marco Polo, etc., y entre los «mezclados»: Dante, Rafael, Miguel Ángel y Shakespeare. Para Chamberlain «los teutones constituyen la aristocracia de la humanidad» y en su pirueta final dice que cualquiera que se revele como alemán por sus actos, es alemán, no importa cual fuere su árbol genealógico, siempre que no sea judío. Este salto cualitativo de las características «arias» permitiría más adelante una heterogeneidad somática que justificara la presencia entre los nordistas de tipos —en palabras de Comas— tan altos como Goebbels, tan rubios como Hitler y tan delgados como Goering. Los teóricos nazis aprovecharon ampliamente estas definiciones psicologistas, que permitían obviar algunas dificultades de sus presupuestos racistas. No era la primera vez que éstas surgían, ya que antes de los inicios de la primera Gran Guerra, el emperador Guillermo II fracasó estrepitosamente al querer hacer un mapa racial alemán. Las conclusiones no pudieron publicarse, ya que en algunas regiones, como la de Baden, no se encontraban los supuestos nórdicos puros.

Como indica Madeleine Rebérioux, fue precisamente en Alemania, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, donde la idea de «raza nacional» llegó a su máxima exaltación, reflejada claramente en una literatura dirigida a un supuesto pueblo conquistador y dominante, con una economía ascendente. El fracaso bélico provocó

una reacomodación de la vieja teoría a la nueva situación; ahora se trataban de explicar las causas últimas de la caída del imperio alemán y, entre éstas, los nacionalistas encontraron algunas de índole racial (23). El camino quedó marcado con la publicación por Hitler, en 1920, de *Mein Kampf*, donde ya aparece como problema la llamada «cuestión judía»: Alemania había permitido el desarrollo en su seno de los judíos apátridas, agentes de la plutocracia y el marxismo y responsables de la derrota alemana y de la miseria de postguerra (24).

En este contexto hay que enmarcar el resurgimiento de las viejas teorías arianistas por los más destacados ideólogos del movimiento nazi (25), así como la creación de institutos especializados en la profundización teórica (26).

Uno de los más destacados teóricos del nuevo racismo fue Hans F. K. Günther (27), para el que «la raza es un grupo humano que se distingue de los demás por su propia unidad de características, a la vez somáticas y psíquicas, la cual se reproduce siempre en individuos semejantes». Se vuelve, por tanto, a reproducir el esquema determinista que establece las categorías raciales en función de rasgos naturales y espirituales, definidos según las necesidades ideológicas del momento histórico. De esta manera, Günther define seis tipos raciales europeos: nórdico, fático, occidental o mediterráneo, alpinodinámico, oriental y báltico-oriental. Como ejemplo de la «elasticidad» de esta clasificación expondremos a continuación las características que otorga el ideólogo nazi a la «raza nórdica» en el terreno psicológico, según el resumen que de ellas hace el erudito cubano Fernando Ortiz (28): reflexión, sinceridad, lealtad, fuerza de acción, sentimiento de justicia, inclinación a la objetividad, al realismo, a la determinación y al individualismo contra todo espíritu de masa. El nórdico es silencioso y poco dado al *calor humano*, puede llegar a la mayor frialdad cerebral y no se preocupa de agrandar a los demás. Posee un gran sentido de responsabilidad y una gran conciencia moral y del deber, cumpliéndolo rígidamente contra los demás y contra sí mismo. Carácter ponderado y autoconsciente, movido por la audacia y la emulación, con don de mando, que da a su raza grandes guerreros, un pronunciado orgullo militar y excelentes condiciones soldadescas. Por el contrario los alpinos, por poner otro ejemplo, eran «criminales mezquinos, tramposos en pequeño, ladrones y pervertidos sexualmente» (29).

Otro de los teóricos nazis, Herman Gauch, divide a la especie

humana en «nórdicos» y «no nórdicos», siendo estos últimos un eslabón intermedio entre los primeros y los animales o, por decirlo con otras palabras, «subhumanos», que además no poseen un auténtico lenguaje articulado y están directamente emparentados con los monos (30). A estas ideas extravagantes, que justificaban los deseos expansionistas del nuevo estado alemán, y que legitimaban aparentemente su dominación sobre otros pueblos constituidos por seres psicológica y biológicamente «inferiores», se añadieron otras espiritualistas e historicistas como las de Ludwig F. Clauss y Alfred Rosenberg.

A la herencia de caracteres biológicos y psicológicos en las diferentes razas humanas, Clauss añadía la «herencia espiritual», la cual conformaba su esencia. Esta definiría un «estilo» característico de cada raza, estudiado por unos pretendidos «psicoantropólogos», entre los que se incluye. En su estudio, comparable científicamente al de la investigación del sexo de los ángeles, divide a la humanidad en seis razas de almas correspondientes a seis «estilos de vida»: *el hombre creador*, para los nórdicos; *el hombre estático*, para la raza atlántica; *el hombre expresionista*, para los mediterráneos; *el hombre de la revelación*, para los orientaloides; *el hombre de la redención*, para los armenoides, y, por último, *el hombre evasivo*, para los alpino-dinámicos (31).

Por otro lado, las teorías de Alfred Rosenberg se desarrollaron dentro de un misticismo historicista, que creía haber descubierto el alma de las razas en la historia de la civilización y el nuevo culto nórdico, el «mito de la sangre», con el que sustituiría —en una iglesia nacional alemana— a las que él llamaba «historietas hebreas» (32). De esta forma, se fueron encontrando argumentos pseudocientíficos para la persecución organizada de las «razas inferiores» y especialmente de la semita, contra la cual se dirigió la ley del 15 de septiembre de 1935, conocida como ley de Nüremberg, con el pretexto de proteger la sangre alemana:

“Penetrado por la conciencia de que la pureza de la sangre alemana es la premisa de la perpetuación del pueblo alemán e inspirado en la voluntad indomable de asegurar el porvenir de la nación alemana, el Reichstag adoptó por unanimidad la ley siguiente que proclama por la presente:

1.º Los matrimonios entre judíos y sujetos de sangre alemana o asimilada están prohibidos.

2.º La relación extramatrimonial entre judío y sujeto de sangre alemana o asimilada está prohibida.

3.º Los judíos no pueden utilizar en el servicio de sus casas mujeres de sangre alemana o asimilada de menos de 45 años de edad.

4.º Está prohibido a los judíos empavesar con los colores alemanes nacionales" (33).

La locura organizada había comenzado, y la amenaza del exterminio total llegó poco después a través de Hitler:

"Hoy quiero aventurar una profecía: Si las finanzas internacionales judías de dentro y fuera de Europa lograsen sumir a las naciones en una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización de la tierra y con ella la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa" (34).

Esta amenaza, justificada ideológicamente por los teóricos nazis del racismo «científico», se plasmó en la política de Heydrich para buscar la «solución final» al problema judío. Según las estimaciones de Toynbee se asesinaron alrededor de seis millones de judíos europeos (35). Como ya indicó Ruth Benedict, cualquier parodia científica puede servir de propaganda cuando se apoya en la fuerza de las armas y en los campos de concentración (36).

La repercusión de las ideas racistas del nacionalismo alemán fue relativamente intensa en muchos países europeos, aunque, por lo general, ante la falta de tradiciones de exaltación racial y la posible conciencia de mestizaje, los ideólogos fascistas se apoyaron en los argumentos espiritualistas para mitificar sus respectivas «razas nacionales» o iniciar la lucha antisemita. En este sentido, nos encontramos con afirmaciones tan sorprendentes como las del racista italiano Cogni, quien afirmaba que «la raza no es una forma anatómica, sino el espíritu en su actualidad» (37). Como ha indicado Tannenbaum (38), el fortalecimiento del eje Roma-Berlín en 1938 provocó que la ideología fascista intentase incluir en sus principios el racismo étnico, tanto por encontrar en él un nuevo elemento unificador de la diversidad italiana, como para equipararse teóricamente al nazismo alemán (39), sobre todo a partir del Manifiesto del Racismo Fascista, del 15 de julio de 1938 (40).

En Francia, donde sí había cierta tradición racista en las filas de la derecha, hubo colaboracionistas que intentaron calcar el modelo alemán, como fue el caso de Hubert Thomas-Chevallier. Este propuso la aplicación de las leyes de Núremberg a los judíos y los hombres de color (41), pero no se puede decir que este tipo de medidas tuvieran éxito en la Francia ocupada. Según Reberioùx, el

racismo de Vichy fue «un racismo a la francesa», mezcla de xenofobia y de antisemitismo clerical-económico, con ciertas preocupaciones por la opinión vaticana sobre las medidas discriminatorias que pudieran tomarse, aunque bastante indiferente ante las miles de «arianizaciones» y deportaciones ordenadas por los alemanes durante la ocupación.

Un caso curioso, donde la argumentación antisemita no intenta aproximarse al lenguaje de la ciencia sino a la especulación política y económica, fue el de Rumania, donde el jefe fascista Corneliu Zelea Codreanu criticaba tanto a las democracias capitalistas como al mundo comunista, considerados por él —y en esto coincide con Hitler— como bastiones del judaísmo internacional, cuyos agentes provocaban la ruina económica, política y moral de la patria rumana (42).

En el caso español, la recepción de las teorías raciales nazis se hizo con muchas matizaciones y, como era de esperar, se acercó más a las tesis espiritualistas del racismo que a las que pretendían basar su argumentación en doctrinas biológicas. Aun así, Raúl Morodo ha descubierto entre los miembros de *Acción Española* algunos que mostraban pocas reservas al ideario nazi (43). El primer caso es el de Wenceslao González Oliveros, posteriormente presidente del Tribunal de represión de la masonería y del comunismo, quien en su artículo «Algunas notas sobre el momento científico de la doctrina racista» (1934), alababa las ideas racistas alemanas y sólo matizaba que había algunas partes tan estrictamente teutónicas que no eran aplicables a la psicología hispana, por lo que debían silenciarse. Más radical aún se mostraría su compañero de grupo F. Murillo, quien, en un artículo titulado «El mejoramiento de la raza, base del engrandecimiento de Alemania» (1934), aplaudía el racismo «científico» alemán y especialmente su antisemitismo:

"Claro es que, frente al problema de la depuración de la raza, los alemanes no se sienten espartanos y procuran lograrla mediante la aplicación de las reglas biogenéticas y de las medidas sociales. Quiere, a todo trance, favorecer la multiplicación de las líneas hereditarias normales y supernormales, y restringirla o abolirla en los troncos de familias de valor biológico infranormal. No tratan de dañar a estas pobres gentes degeneradas, pretenden únicamente eliminarlas de la función reproductiva para poner coto a la regresión de la raza germánica o nórdica y para aligerar el peso muerto de una progenie incapaz y extraordinariamente gravosa" (44).

La línea más espiritualista de estos teóricos de la derecha española aparece con Eugenio Montes y Ramiro de Maeztu, quienes discrepan del concepto de raza más biologista por consideraciones religiosas e históricas. Mientras que el primero hace una crítica a Gobineau y ensalza el mestizaje español en América (45), Maeztu introduce el mito de la «Hispanidad», que sustituye en nuestro país al «mito de la sangre» alemán:

“... los españoles no damos importancia a la sangre, ni al color de la piel, porque lo que llamamos raza no está constituido por aquellas características que puedan transmitirse al través de las obscuridades protoplásmicas, sino por aquellas otras que son luz del espíritu, como el habla y el credo. La Hispanidad está compuesta de hombres de las razas blanca, negra, india y malaya, y sus combinaciones, y sería absurdo buscar sus características por los métodos de la etnografía” (46).

A pesar de que Maeztu defendió el espíritu universalista de lo hispánico frente al sectario racismo alemán, ensalzó el espíritu nacional germano, como representativo de un alto nivel cultural, aunque advirtió el peligro próximo de guerra ante las ansias expansionistas del nacionalismo alemán, pues «... cuando han visto que les faltaban los medios materiales, la necesaria amplitud del territorio para mantener y acrecentar el patrio espíritu, ha surgido entre ellos un patriotismo tan ardoroso y exaltado que el mundo tendrá que hacer justicia a sus legítimas reivindicaciones si ha de evitar gravísimos conflictos» (47).

El mito de la «Hispanidad» fue recogido y difundido por Falange Española, sobre todo a partir de la creación de la Falange Exterior en Milán, por José Antonio Primo de Rivera, en 1935. Su ideología expansionista, en lo que a América Latina se refiere, queda reflejada en la siguiente cita:

“Tenemos voluntad de imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera.

Respecto a los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de la cultura, de intereses económicos y de Poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia de las empresas universales” (48).

Para Falange Española, partido especialmente relacionado con los fascistas italianos y los nazis alemanes (49), «el problema judío

no es ni ha sido nunca un problema de Raza, sino un artículo de Fe», tal como aparece reflejado en un artículo de *F. E.* del 11 de enero de 1934, aunque se justifica la política antisemita alemana, por representar el judaísmo una seria amenaza para la expansión del fascismo en Europa (50).

En la misma línea ideológica, que se mantendría a lo largo de la dictadura franquista, podemos encuadrar la obra del Dr. Vallejo Nájera *Eugenesia de la Hispanidad* (1937), donde el autor pretende situarse entre la ciencia y el nuevo mito:

“Al hablar nosotros de raza, nos referimos a la raza hispana, al genotipo ibérico, que en el momento cronológico presente ha experimentado las más variadas mezclas a causa del contacto y relación con otros pueblos. Desde nuestro punto de vista racista, nos interesan más los valores espirituales de la raza, que nos permitieron civilizar tierras inmensas e influir intelectualmente sobre el mundo. De aquí que nuestro concepto de la raza se confunda casi con el de la *hispanidad*” (51).

La continuación de la polémica sobre el concepto de raza (52)

Según la declaración de la UNESCO conocida como «llamamiento de Atenas», en 1981, expertos en genética y antropología consideran que la noción de raza en la especie humana no tiene demasiado sentido biológico, opinión que confirma lo ya dicho años antes por destacados científicos como Lewontin (53), Gould (54), Barnicot (55), etc., y mantiene una posición iniciada por este organismo internacional desde 1950 (56).

A pesar de que esta idea ha ido ganando terreno progresivamente, hay todavía bastantes partidarios del concepto de raza humana, para lo cual fundan sus creencias científicas en criterios naturalistas, ya que consideran que el estudio del hombre como especie animal no debe escapar a las categorizaciones que normalmente se utilizan en las ciencias naturales. De ahí que la definición de Vallois, hecha en 1944, les parezca correcta: «Las razas humanas son agrupaciones naturales de hombres que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios comunes» (57). En general, dividen a la humanidad en cuatro troncos raciales: australoide, negroide, europeoide y mongoloide, basados en el color de la piel, la estructura de los cabellos y la forma nasal. Así, aunque ya nadie admite la existencia de «razas puras», se mantiene la idea de tipos carac-

terísticos de estos grandes troncos raciales, que se hacen coincidir con determinadas zonas geográficas para asignarles categoría de subespecies, concordantes con las establecidas por el «sentido común».

Podríamos, además, preguntarnos con Blanc (58) si es una casualidad que en África del Sur, donde reina el segregacionismo y las actividades racistas son más virulentas, genetistas como Hofmeyr y Biesheuvel levantan su voz para proclamar las profundas diferencias raciales que separan a los blancos —«dotados especialmente para la civilización»— de los negros. No parece una casualidad, y sí más bien el reflejo científico de una sociedad racista que Nelson Mandela retrató en una declaración ante un tribunal en 1962:

“Odio la práctica de la discriminación racial y me sostiene el hecho de que la mayoría de la humanidad la odia igualmente. Odio cómo se inculca sistemáticamente a los niños el prejuicio racial y me sostiene el hecho de que la abrumadora mayoría de la humanidad, aquí y en el extranjero, coincide conmigo. Odio la arrogancia racista que decreta que las buenas cosas de la vida se retendrán como el exclusivo derecho de una minoría de la población, y que reduce a la mayoría de la población a una posición de subordinación e inferioridad, y que la mantiene como esclava sin voto para que trabaje donde se le dice y para que se comporte como le dice la minoría dominante” (59).

Los científicos contrarios a las tipologías raciales naturalistas las critican, precisamente, por considerarlas totalmente artificiales e inexactas, ya que, si basamos las diferencias en las tres características apuntadas más arriba, nos encontraremos con innumerables situaciones inclasificables. ¿Qué haríamos ante los miles de hindúes de piel negra, con cabellos ondulados, labios finos y nariz estrecha, o con los canacas de Nueva Caledonia, o con los individuos rubios de la supuestamente «primitiva» raza aborígen de Australia, etc.?

Lo cierto es que si se quisiera comprender la realidad multiforme de la especie humana con criterios naturalistas, las categorías raciales serían casi indefinidas, lo cual es extensible, en parte, a otras especies. Algo similar sucede con algunas clasificaciones precedentes del estudio de la frecuencia de determinados genes, ya que hay discordancia geográfica de la variación de los genes estudiados, por lo que las agrupaciones que se pueden obtener son también innumerables y no coincidentes, a no ser que se limite artificial-

mente la variación a unos cuantos caracteres, con lo cual se perdería abundante información y se construiría un modelo artificial muy lejano de la realidad.

Por otra parte, los estudios de Jean Hiernaux para calcular las «distancias biológicas» entre poblaciones subsaharianas y los de otros autores, como Lewontin, Latter, etc., para estimar las «distancias genéticas» entre poblaciones de un mismo «tronco racial» y entre estos «troncos», han demostrado que hay mayores diferencias genéticas en el seno de las poblaciones que entre los grupos raciales clásicos, por lo que Hiernaux ha declarado que «las razas humanas son construcciones en gran medida arbitrarias y no el producto de un procedimiento objetivo» (60).

NOTAS

- (1) Provine, W. B. (1973), “Geneticist and the biology of race crossing”, *Science*, 182, pp. 790-796.
- (2) GOULD, S. J. (1984), *La falsa medida del hombre*, Barcelona, p. 4.
- (3) ANTÓN FERRANDIZ, M. (1912), *Antropología o Historia Natural del Hombre*, Madrid, p. 37.
- (4) CARO BAROJA, J. (1983), *La aurora del pensamiento antropológico*, Madrid, p. 54.
- (5) DUCHET, M. (1975), *Antropología e historia en el siglo de las luces*, México, p. 221.
- (6) *Ibid.*, p. 224.
- (7) BUFFON, Conde de (1791-1805), *Historia natural, general y particular*, Madrid.
- (8) COMAS, J. (1976), *Manual de Antropología Física*, México, D.F., p. 32.
- (9) GOULD (1984), p. 26.
- (10) MORTON, S. G. (1849), “Observations on the size of the brain in various races and families of man”, *Proceedings of the Academy of Natural Sciences Philadelphia*, 4, pp. 221-224.
- (11) PESET, J. L. (1983), *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, p. 18.
- (12) GOULD (1984), p. 57.
- (13) GOULD (1984), pp. 41 y ss.
- (14) PESET (1983), pp. 23-27.
- (15) HORSMAN, R. (1981), *Race and manifest destiny*, Cambridge & London, p. 136.
- (16) PESET (1983), pp. 45-78. STOCKING, G. M. (1971), “What’s in a Name? The Origins of the Royal Anthropological Institute (1837-1871)”, *Man*, n.s., 6, pp. 369-390. La posición de Galton puede estudiarse en ALVAREZ, R. (1985), *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, Madrid.
- (17) PESET (1983), pp. 42-43. ARQUIOLA, E. (1980), “Racismo y antropología en Francia (1859-1880)”, en A. ALBARRACÍN, J. M. LÓPEZ PIÑERO y L. S. GRANGEL, eds., *Medicina e historia*, Madrid, pp. 235-249.
- (18) PUIG-SAMPER, M. A. y A. GALERA (1983), *La Antropología española del siglo XIX*, Madrid; ORTIZ GARCÍA, C. (1987), *Luis de Hoyos Sáinz y la Antropología española*, Madrid; RIVERO DE LA CALLE, M. (1966), *Actas de la Sociedad*

Antropológica de la Isla de Cuba, La Habana; CARRERAS, J. A. (1985), *Esclavitud, abolición y racismo*, La Habana.

- (19) COMAS, J. (1961), "Los mitos raciales". En: *El racismo ante la ciencia moderna. Testimonio científico de la UNESCO*, pp. 13-57, Ondarroa.
- (20) BÉNÉDICT, R. (1943), *Race and Racism*, London.
- (21) REBÉRIÖUX, M. (1972), "El desarrollo del racismo nacionalista". En: *Racismo y Sociedad*, Buenos Aires, pp. 192-193; COMAS, J. (1977), *Unidad y variedad de la especie humana*, México, p. 89.
- (22) COMAS, J. (1976), *Manual de Antropología Física*, México, p. 182.
- (23) KLEIN, C. (1985), *De los espartaquistas al nazismo. La República de Weimar*, Madrid, pp. 81-93 y ss.
- (24) REBÉRIÖUX (1972), p. 204.
- (25) SCHLAUCH, M. (1937), *La Verité sur l'aryanisme*, París.
- (26) WEINREICH, M. (1946), *Hitler's professors*, New York.
- (27) GÜNTHER, H. F. K. (1926), *Rasse und Stil*, Munich; (1927), *Adel und Rassen*, Munich; (1929), *Rassenkunde Europas*, Munich; (1933), *Rassen des Deutschen Volkes*, Munich.
- (28) ORTIZ, F. (1975), *El engaño de las razas*, La Habana, p. 216.
- (29) GÜNTHER, H. F. K. (1975), *The Racial Elements of European History*, London. Citado en COMAS (1976), p. 183.
- (30) GAUCH, H. (1933), *Neue Grundlagen des Rassenforschung*, Berlín.
- (31) CLAUSS, L. F. (1934), *Rasse und Seele*, Munich.
- (32) ROSEMBERG, A. (1930), *Der Mythos des 20. Jahrhunderts*, Munich. Es interesante, o al menos curiosa, la interpretación y crítica que hace W. Reich en 1933 de las tesis de Rosenberg. Véase REICH, W. (1972), *Psicología de masas del Fascismo*, Buenos Aires.
- (33) POLIAKOV, L. (1951), *Le Bréviaire de la haine. Le III Reich et les Juifs*, París, p. 5.
- (34) BAYNES, N. (ed.) (1942), *Hitler's Speeches, 1922-39*, 2 vols., Oxford, 1, p. 741. Citado en WILLIAMSON, D. G. (1987), *The Third Reich*, Singapore, p. 88.
- (35) TOYNBEE, J. A. (1985), *La Europa de Hitler*, Madrid, p. 126.
- (36) BENEDICT, R. (1945), *Race, science and politics*, New York. Véase también MONTAGU, M. F. A. (1942), *Man's most dangerous myth. The fallacy of race*, New York.
- (37) COGNI, G. (1937), *Il Razzismo*, Milán, p. 144.
- (38) TANNENBAUM, E. R. (1975), *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, pp. 112-114.
- (39) GREGOR, A. J. (1969), *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism*, New York, p. 282.
- (40) FELICE, R. DE (1962), *Storia degli ebrei sotto il fascismo*, Turín.
- (41) THOMAS-CHEVALLIER, H. (1943), *Le Racisme français*, Nancy.
- (42) BURON, T. y P. GAUCHON (1983), *Los Fascismos*, México, D.F., páginas 148-152.
- (43) MORODO, R. (1980), *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid, pp. 198-202.
- (44) *Ibid.*, p. 201.
- (45) *Ibid.*, pp. 201-202.
- (46) MAEZTU, R. (1938), *Defensa de la Hispanidad*, 3.ª ed., Valladolid, p. 34.
- (47) *Ibid.*, pp. 251-252.
- (48) Punto 27 de la hoja-programa de la Junta Política de Falange Española, noviembre de 1939. Citado en NARANJO, C. (1988), *Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano español*, Madrid, p. 1.
- (49) RUHL, K.-J. (1986), *Franco, Falange y III Reich*, Madrid.
- (50) GIBSON, I. (1980), *En busca de José Antonio*, Barcelona, pp. 86-88.

(51) VALLEJO NAJERA, A. (1937), *Eugenesia de la Hispanidad y Regeneración de la Raza*, Burgos, p. 108.

- (52) BLANC, M. (1982), "¿Existen las razas humanas?", *Mundo Científico*, 18, pp. 1018-1028.
- (53) LEWONTIN, R. C. (1972), *Evol. Biol.*, 6, p. 381.
- (54) GOULD, S. J. (1979), *Darwin et les enigmes de la vie*, París.
- (55) BARNICOT, N. A. (1977), *Human Biology*, 2.ª ed., Oxford, p. 184.
- (56) UNESCO (1952), *What is Race? Evidence from Scientist*, París; UNESCO (1952), *The Race Concept. Results of an Inquiry*, París; UNESCO (1961), *El Racismo ante la Ciencia Moderna*, Ondarroa; UNESCO (1973), *Le Racisme devant la science*, 2.ª ed., París.
- (57) VALLOIS, H. V. (1976), *Les races humaines*, 9.ª ed., París.
- (58) BLANC (1982), p. 1019.
- (59) MANDELA, N. (1987), *Habla Nelson Mandela*, La Habana, p. 52.
- (60) HIERNAUX, J. (1978), *Bull. et Mém. Soc. Anthropol.* París, 5, p. 281.